

los griegos podía decir que aquel a quien aman los dioses muere joven.

Muchas veces al regresar a mi ciudad natal fui portador del abrazo de su gran maestro, monseñor Carrasquilla.

Y hoy, gran luchador, que has emprendido el viaje sin retorno recibe en un ósculo de despedida el recuerdo del claustro del Rosario..... y de la campanita «presa del alero envejecido».

Cali, 7 de diciembre de 1931.

ANTONIO SAUCEDO CARRASQUILLA

## La educación de la juventud y el regionalismo en Colombia

Bogotá, enero de 1932.

Señor don Samuel Barrientos Restrepo—Ciudad.

Muy estimado Samuel:

Leyendo una cita que usted tiene en la página 33 de su tesis, se me antojó que le tenía delante, de cuerpo presente, y en su misma mesmedad: «mientras más rudo más implacable, más burlón aparezca en su trato social, por ley de compensación, por una especie de polarización moral, más dulce, más amante estará con los suyos en el sagrado del hogar». Así dice el señor F. Gómez que son los antioqueños, no sé si cuadre su apreciación con la realidad, pero me imagino que en usted no fallan esas palabras.

Por lo cual, quiero decir, por temor de encontrarme con el «rudo, implacable y burlón» colegial que se jacta de no tomar en serio y de no creer sino a medias en la sinceridad de lo que se le dice con el corazón en la mano, me empeñé en escribirle estas líneas. Leídas a solas quizás tengan un sabor de intimidad y de parla casera que las ampren contra el consabido

carácter «rudo, implacable y burlón» que a los bogotanos nos intimida y desconcierta sin remedio.

Enamorado usted de su patria y solar antioqueños, vuelve apasionadamente por los fueros del regionalismo. En horabuena. Y mire usted si me acompaña en esta afirmación que me seduce: «Sin regionalismo no hay patriotismo».

Porque yo supongo que la patria grande que recibe el nombre de Nación es como todo organismo social una síntesis de entidades vivas diferentísimas entre sí e inconfundibles por su actividad, pero muy bien concertadas y razonablemente subordinadas en obsequio a una finalidad que de ellas resulta y a ellas aprovecha conforme a leyes inmanentes de armonía, de equilibrio y de proporción.

Hablaron los platónicos de no sé qué misteriosa y trascendental «armonía de las esferas», efecto arcano y arrobador de la medida soberana que rige el universo. Oídos harto flacos son los nuestros para percibirla, pero en más angosta región sobran ejemplos que ilustran eso que trato de decir. Alguna vez oía el *Canto de la Campana* en que Vincent d'Indy vertió lo mejor de su alma limpia y sutil como el agua secreta que retrata los cielos en el fondo atormentado y pedregoso de un abismo. Y recuerdo que me distraje largo rato paseando con los ojos la multitud sumisa de los ejecutantes: allí las voces, allí los coros, aquí violines y flautas, arpas y cobres; un mismo instante sumaba bélica estridencia de trompetas, murmullo quejumbroso de cuerdas, altas notas que pugnaban por escalar cimas de placer o dolor, sonidos de grave y medrosa pujanza.... estupenda y paradójica mezcla, nunca repetida, jamás confusa, lucha y contraste permanente de elementos musicales opuestos, rutas al parecer inconexas y desacordadas donde cada ritmo se desarrollaba autónomo y ajeno a los demás. Mas en la entraña de tanta variedad alentaba el alma del compositor y a la turba de voces y

sonidos daban ley las manos temblorosas y los ojos tristes del viejo maestro que lograban el prodigio de hacernos sentir la unidad ideológica y artística del poema que comienza en la brega de los fundidores, clama alegrías y llora adversidades con lengua de bronce resonante, devana el hilo tenue del amor humano, y vencidos el mal que lo envilece y la muerte que lo quiebra, acaba trasladándolo al seguro de las realidades inmortales.

Parecido a éste supongo que será el milagro con que usted y yo soñamos: la variedad de los regionalismos en la unidad del patriotismo.

Y note usted de pasada que solamente cuando los regionalismos son muy acentuados, definidos y educados podrá lograrse una síntesis patriótica de verdad rica y espléndida y fecunda. La diversidad de los componentes redundante en la magnificencia y poderío del conjunto: diez violines iguales no pueden expresar lo que una orquesta de diez instrumentos diversos; si todos nuestros clásicos escribieran como Fray Luis de Granada, la lengua castellana vendría muy a menos y no habría para qué hablar de esa su opulencia tan pasmosa en las rufianescas escenas de la Celestina como en la facecia épica de Don Quijote o en el donaire tranquilo de castellana «sentada junto al fuego» que es privativo de Santa Teresa.

Guarde, pues, y afine cada sección de la patria sus caracteres propios, mantenga incólume su individualidad, destile la quinta esencia de su sér, ponga en alquitara de razón y en alambique de poesía sus defectos y cualidades típicos, extraiga en fin la esencia acendrada y exquisita que atesora su condición particular, y llévela con buena fe y mejor talante a la oficina donde con esta variedad de elementos va frágandose el alma nacional.

¿Qué hado o qué demiurgo, qué Providencia, mejor dicho, presidió a la unión de estas secciones que hoy

Integran la patria colombiana? ¿Qué ley de «afinidades electivas» las juntó para formar una unidad nacional? Nadie lo sabrá jamás puntualmente; el hecho es que ahí permanecen trabadas y enlazadas, y que ya no es hora de pensar en otras formas y maneras de agrupación, sino en combinar armoniosamente y en beneficio común las diversidades y hasta los antagonismos que se advierten entre unas y otras regiones. Ante dos elementos en apariencia opuestos, el espíritu enamorado de la unidad, que es fuerza y hermosura, tiene ante sí esta alternativa: o apartarlos definitivamente, o descubrir entre ellos una relación que a entrambos los complete.

No sé qué piense usted, pero a mí me parece que lo primero es indicio de incapacidad y lo segundo de inteligencia. Para poner como ejemplo de cosas irreducibles el círculo y el triángulo, basta una mediocre y superficial información, mas para reducirlos a una unidad superior y enlazarlos en un común origen es preciso haber entendido las secciones cónicas. Ahora se me ocurre que estoy gastando tinta para decir mal y con harta pedantería lo que ustedes los antioqueños han sugerido muy bien con aquella fórmula de «buscarle la comba al palo».

Cruel e «implacable» me parece usted, cuando apunta y discrimina los alifafes y dolamas que, a su juicio, caracterizan las varias secciones del país. Ahonde usted en ese examen y escrutinio y verá cómo debajo de esas apariencias, unas veces frívolas y otras veces necias, acá miserables y allá pecaminosas, se descubren sin dificultad tendencias y cualidades muy apreciadas que quizás se malogren o se tuercen a la mano siniestra, más violentamente cuanto más generosa es la naturaleza en donde nacen. Esto sin contar con que siempre y en todo caso lucen méritos positivos al lado de lamentables abandonos, y que de muchos de éstos puede decirse lo que a otro propósito decía el incomparable

Arzobispo Arbeláez: «Todo el mundo es Popayán, inclusive Antioquia».

Para llevar a cabo la máxima tarea de aquilatar la variedad regionalista sin menoscabo, antes con notoria ventaja de la unidad nacional y de su acrecentamiento, sería menester—y así lo entiende usted,—que la vara mágica de la educación nos transformara. Entonces y sólo entonces dejaríamos de embobecernos en la consideración de nuestras respectivas cualidades y defectos (porque somos tan ingenuos que aun de nuestras flaquezas solemos hacer gala) y de pregonar unas y otros con ademanes de provocación y desafío; entonces y sólo entonces comprenderíamos que hoy por hoy, en lo nacional como en lo regional, somos como el bloque a medio esculpir que ya muestra un anticipo ciertamente primoroso y elegante de la estatua futura, síntesis de miembros perfectos, que ahí podrán quedarse en mero esbozo, perdurablemente envueltos y como presos en la masa brutal, si el cincel en largo y duro esfuerzo no acaba de libertarlos y traerlos a la luz.

Pero—¿quién nos dirá lo que es educar al pueblo colombiano?—y aquí perdone usted unos cuantos desatinos porque de seguro les parecerán tales a muchos sujetos que piensan de otra suerte. Menos mal que la pena merecida por estas y otras discrepancias se reduce a que le apliquen a uno el ya vulgar remoquete de «neurasténico». Usted se habrá fijado en que por estas tierras se llama «neura» la audacia de los que opinan que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, o la temeridad de los que no se satisfacen con los goces tranquilos de una conformidad reglamentaria.

No tema, sin embargo, que le endilgue a mansalva y sobre seguro una disertación sobre eso que llaman «el problema educacionista». Con algo menos pomposo voy a fatigarle.

Ese algo se reduce a inquirir si hay muchos que

se preguntan para qué se educa a nuestros coterráneos. Convendría que los que se desvelan por resolver el susodicho problema empezaran por meditar en ese «para qué». Nunca como hoy se discute, se escribe y se peora sobre educación, pedagogía, sistemas, pensums, bachilleratos, exámenes, revisiones, títulos, primera y segunda enseñanza, todo ello, claro está, con su sal y su pimienta de «inquietudes estudiantiles». Mas, para qué, Dios mío!, para qué? Para que los pobres muchachos, concluidos sus estudios, se encuentren boquiabiertos, pasmados y temerosos ante la vida. Vida que, acá para entre nos, no les ofrece sino dos pechos enjutos y esmirriados que se llaman burocracia y política, y que cuando dan algo, dan la leche amarga y venenosa de la servidumbre extraída eso sí a puras cabezadas y embestidas. ¡La vida!... Si usted supiera cómo me entristece leer en las frescas pupilas de los diez y ocho años el ansia y el afán de llegar cuanto antes a exprimir de la vida el bienestar holgado, más su buen por qué de fama y preeminencia. Y me entristece porque yo sé que otro día estará ese joven a la zaga del «padrino» problemático y a la husma de la recomendación protocolaria con que quizá obtenga, a más del empleo remunerado, el pliegue y huellas fatales que le determinaron a ser empleado hasta la muerte, a tiritar y enflaquecer cada vez que oiga hablar de «reorganizaciones» oficinescas. Otros, se arrimarán a la política para aprender con notable desengaño que ella no es el arte divino de gobernar a los pueblos conforme a verdad y a justicia, sino una feria y tablado donde bulle y zumba todo un enjambre de «intereses creados» tal vez más violentos o más viles que los descritos por Benavente, y que dieron al traste con «la ciudad alegre y confiada». Habrá, en fin, otros que andando de fracaso en fracaso toman el camino de la bohemia barata, y si no paran despeñándose Tequendama abajo, profesan

denodadamente en la orden de los caballeros de gresca y tararira, o arrastran por años y años... «Qual de l'étá decrepita—l' avanzo ignudo e vile»—, los pingajos de una juventud que alboreó con resplandores de infinitas posibilidades venturosas.

¿Por qué no logra la educación atajar esas lástimas entre nosotros? Me atrevo a creer que ello procede de que no hemos atendido a que el fin general de la educación no es ni puede ser habilitar a los jóvenes para «improvisar» una vida, sino hacerlos capaces de «continuar» una vida.

Con su venia aclararé esta especie de enigma. En países de civilización más antigua, más honda y más firme que la nuestra, el nervio de la prosperidad y de la pujanza nacionales se halla en una considerable mayoría de ciudadanos que de padres a hijos y a lo largo de muchas generaciones van creando el bienestar propio y la riqueza pública. Son ellos los labradores, agricultores, ganaderos, forjadores, mineros, ebanistas, tejedores, orfebres, comerciantes, librerros, impresores, en una palabra, todos cuantos se aplican a las artes, labores y oficios indispensables a la vida y a su competente decoro, no los verá usted abrazándose hoy con una empresa que mañana han de abandonar o porque ya les rindió fruto copioso o porque burló esperanzas de riqueza inmediata; los verá más bien y los admirará perpetuando, en buena o mala fortuna, tradiciones de diligencia y de solicitud, ajenos a la codicia del engrandecimiento repentino (arrivismo, dicen por ahí) que es obra del azar y no del trabajo, más amorosos de la tierra que labran, de los materiales que transforman o del esfuerzo que realizan que no del rendimiento acelerado y precario; estimadores del ahorro que administran con austeridad el dinero no por cicatería y avaricia sino porque es representación del afán y del sudor fecundos; hombres reñidos con la grotesca manía de deslumbrar,

de hacer figura o de «hacer papel», como decimos por acá; varones cuyo mejor blasón es traer a cuento un remotísimo tatarabuelo que ya manejaba las mismas herramientas que ellos tienen entre manos. Imagínese usted, amigo mío, lo que será una nación donde florecen innumerables industrias por su mayor parte vinculadas al mismo apellido y a la misma familia, que las administraron incipientes y rudimentarias hace dos, tres o cuatro siglos! Naturalmente ningún régimen es más acomodado que éste al desenvolvimiento del regionalismo sano, y por eso notará usted que Francia, nación espléndida donde la industria y el trabajo en sus múltiples formas obedecen a esa ley de transmisión hereditaria y de afianzamiento familiar, es también la nación de más cálido y avasallador patriotismo nacional, y juntamente la nación donde más vivos, perdurables y exquisitos se advierten bellos e inconfundibles regionalismos. Normandía, Bretaña, Borgoña, Saboya, Provenza... nombres legendarios y sonoros, tan distintos como las secciones que designan, como las industrias y artes que en ellos florecen, como el carácter de sus habitantes, como las lenguas y dialectos propios que en algunos de ellos se conservan.

Y esto—me dirá usted—¿qué tiene que ver con la educación? Mucho, muchísimo, amigo mío, porque no me negará usted que hay una diferencia capital entre un joven que sale del colegio a enfrentarse con la vida sin saber a ciencia cierta en qué va a emplearse, y otro que sale a continuar la obra de sus mayores. Entrambos jóvenes poseen aque!la suma de conocimientos generales que bastan a todo hombre para ser bien visto y acogido en la sociedad, entrambos son idóneos y cultos (porque tales deben ser los frutos del bachillerato), mas el primero no ve delante de sí sino una serie de posibilidades inciertas y aleatorias por en medio de las

cuales anda desorientado y turulato, probando aquí, ensayando allí, tanteando e improvisando siempre, mientras llega el día en que toda aspiración y actividad se condensan fatalmente en torno del señuelo burocrático. En cambio, el otro bachiller, desnudo de esa hojarasca de proyectos (que algunos califican de ideales), pero muy convencido de que va a continuar primero y a mejorar después la labor o la industria de sus padres, tiene un derrotero y tiene asimismo un respaldo que circunscribe su horizonte y puede, por lo mismo, abarcarlo y señorearlo debidamente, dispone de un caudal de energías acumuladas por los que le precedieron en la brega, y se encuentra naturalmente proporcionado a las condiciones e índole de vida que le tocó en suerte. Equivale esto último a tener resuelto el problema de la «aclimatación» y de la «adaptación al medio», problema de graves consecuencias y que muchas veces se asemeja a los que proponía la Esfinge porque acarrea desgracia cuando no se le encuentra solución.

Dirá usted que con una saña sin ejemplo estoy condenando a la juventud a permanecer encadenada al hogar, a la labranza, al pejugal, a la industria paternos y familiares; dirá que estoy robándole no sé qué trascendentales aspiraciones, y que estoy cerrándole el camino a nobles e intelectuales profesiones; dirá, en fin, que estas ideas entrañan una intolerable esclavitud al villorrio humilde, al terruño lejano.

¡ Válgame Dios!..... y con qué ha de constituirse y esforzarse el regionalismo sano sino con esta devoción y con este sacrificio! Con qué haremos libres a las almas sino con este santo orgullo y legítima independencia del que es artífice y creador de su propia bienandanza! O le parece a usted que no sufren esclavitud y servidumbre los que se enredan en tortuosas combinaciones políticas, los que solicitan empleos, los que cortejan y zahuman a personajes de cuenta, los que nece-

sitan apelar a recursos, arbitrios y expedientes angustiosos para mantenerse en una posición que se derrumba por instantes, los que se resignan a trabajar perpetuamente por cuenta ajena, temerosos del ceño, del capricho o de los pensamientos del jefe respectivo que «cuncta supercilio movet» como Júpiter en el Olimpo?

Ah, se me olvidaba.... ¿con qué vamos a restaurar la República sino con un linaje de abnegación que lleve a cada colombiano a trabajar por sí mismo en el rincón que Dios le deparó y en el oficio que la tradición familiar o la calidad de la región le señala? ¿O piensa alguien que será más provechoso y conducente que la juventud, concluidos sus estudios generales, se dedique a la literatura fácil o a la discusión y crítica de tanto plan y de tantísimo sistema como cunde por el mundo para asombro y pasmo de sus mismos autores que no obstante ser de grande inteligencia, se ven contradichos, desmentidos y despietados a cada paso por la realidad de las cosas? Mejor sería sin duda, que la educación y el bachillerato que procura el colegio, emigrara con el joven y con él se quedara en el rincón que decíamos antes, para que puestos la una y el otro al servicio del trabajo, lo mejoraran y al propio tiempo ayudaran a civilizar y prosperar la comarca. Entonces sí podría decirse que cada colegio o instituto docente eran eso que deben ser: focos de cultura que irradian claridades sobre todo el ámbito de la Patria Grande.

Note usted que no estoy hablando de los profesionales y letrados, médicos, abogados, ingenieros, pedagogos, etc. Ellos aspiran con justicia a ser altas cumbres de inteligencia y posibles directores o animadores mentales de la existencia nacional. Su formación debe ir regida y compasada por normas muy otras de las que imperan en la enseñanza ordinaria. Por lo cual, y porque los profesionales siempre serán muy pocos si se cotejan con los ciudadanos que labran la materia de la

civilización, sería muy insigne disparate el hablar de la educación nacional como si ella no tuviese otro fin que engendrar y multiplicar profesionales.

Y no tema usted que al entregarse los colombianos a esa labor en apariencia tan humilde de continuar el oficio e industria familiares, se tornen incapaces de obedecer a los númenes superiores de las artes y de las bellas letras que tanto amamos y a cuyo culto nos rendimos con tanta facilidad como deleite. No: la belleza y el primor de las ideas solamente son incompatibles con la dejadez y con la vulgaridad grosera del vivir; lea usted las *Memorias* de Mistral y dígame después si la rusticidad de las «bastides» provenzales, y el ajetreo de las cosechas, el rumor de la vacada y el vocerío de segadores y gañanes, el chirriar de los molinos, el ritmo soñoliento de las cigarras, y el bochinche del entroje, ahuyentaron a las dulces abejas que enjambraron en la mente creadora de Mirella y Calendal.

Hace rato que estoy viendo venir la objeción suprema que usted no dejará de hacerme. ¿Dónde están entre nosotros esas industrias familiares y regionales que vamos a continuar? ¿Dónde las tradiciones de trabajo que vamos a heredar? La verdad es que, sin culpa nuestra, distamos muchísimo de poseerlas tan antiguas y bien cimentadas como otros países que han gastado siglos en formarlas; pero algo hay.—¿no es cierto? Hay una porción de industrias, tan pequeñas y elementales como usted quiera, pero que ya muestran arraigo y persistencia; hay también tierras, muchas tierras, que piden ser explotadas con inteligencia y ofrecen retribuir ese afán con frutos especiales, regionales, si a usted le place, que toda Colombia necesita; hay fuentes, hay bosques, hay minas... y por otra parte hay escasez, hay penuria, hay costumbre de acudir al extranjero para que nos surta de todo, hasta de víveres. Entonces ¿por qué no aplicarnos a desarrollar modesta pero tenazmente

lo que existe y a establecer a fuerza de constancia, de abnegación y aun de sacrificio lo que no existe? ¿Por qué no persuadimos a los jóvenes que allí donde faltan las tradiciones de trabajo y las industrias familiares y regionales es preciso y es ineludible que las necesidades del país nos dicten las normas y nos den el criterio y nos suministren la dirección que han menester los empeños hervorosos de la mocedad? Repare usted ahora en el sentido tan profundo y tan vasto, en el ideal patriótico y nacional que encierra para nosotros aquel proverbio bien conocido de que «la necesidad es madre de la industria».

Sé muy bien que podrían oponerse otros reparos a lo que aquí se apunta, por ejemplo, el de que la mocedad no se conforma con expectativas a largo plazo señaladamente cuando implican luenga, sufrida y callada labor. A lo cual podría responder con esa regla de oro que usted adujo en su tesis: «Hemos de vivir como cristianos y trabajar como eternos». Y respondería también que es convicción mía, errónea tal vez pero muy honrada, que cuando la educación tuviera que orientarse por rumbos distintos de los que he pretendido esbozar, habría que dudar de su eficacia y de nuestra prosperidad independiente.

Esto va largo, amigo mío, y aún se halla intacta su tesis. No seré yo quien discuta y justiprecie sus méritos jurídicos, ni quien les tome el pulso a las conclusiones que saca. En cambio, no puedo resistir a la tentación de añadir de prisa alguna glosa a lo que dice usted sobre patriotismo. ¿Se acuerda de nuestros interminables paseos y divagaciones en este claustro del Colegio Mayor? Pues imagínese que estamos reanudándonos y lleve con paciencia lo que falta.

Trae usted a colación el Evangelio al definir lo que es Patria y lo que es patriotismo, y eso no puede serme indiferente, ni por lo que atañe al Evangelio, por razo-

nes fáciles de conjeturar, ni por lo que se refiere a la Patria, que ya sabe usted cómo se venera en este Colegio Mayor donde ha tenido y tendrá siempre uno de sus más erguidos y legendarios altares.

El Evangelio mostró la Patria cuando dijo; «ama a tu prójimo como a tí mismo». A primera vista el mandato es tan indefinido y universal que abraza a la humanidad entera, mas hé aquí que la irremediable limitación nuestra la circunscribe y determina. Porque todo amor humano pierde en intensidad y eficacia lo que gana en extensión, y así es justo que para no ser estéril se limite. Un lazo real y sagrado ata primeramente al hombre con aquellos que le dieron la vida y con los que participan de su sangre; sobrevienen y cada día se acrecientan nuevas relaciones y entronques porque ni esta vida del cuerpo ni aquella otra «porción alta y divina» que es el alma, logran cabal desarrollo como no sea con el concurso de otras mentes, y de una multitud de actividades y servicios humanos. Así empieza aquel incesante «dar y recibir», «acción y reacción» ora escondidas, ora patentes, siempre reales que, sepámoslo o no, van trabándonos con los demás y aun con las cosas materiales. Con los años (en ocasiones podría decirse, con las horas) van entrando nuevos seres y sentimientos nuevos en este mundo de atracciones mutuas, y llega en fin un día en que cada uno advierte que los linderos geográficos de su Nación representan la última línea y el valladar fijo dentro de los cuales debe comprimirse la fuerza de expansión intelectual, afectiva e industriosa de un pueblo para alcanzar el máximo de su pujanza y la plenitud de su soberanía. Que es, en otros términos, intimarle al país entero el mandato celestial que también se lee en el Evangelio: «Sed perfectos....»

Añadiré para completar mi pensamiento que si las fuerzas de expansión deben comprimirse dentro del

territorio patrio, hay otras fuerzas, las de aprehensión, que naturalmente se extienden mucho más allá de sus linderos, a donde quiera que hay algo que aprender. Hagamos caudal del bien, de la verdad, de la belleza que civilizan y aventajan a otros pueblos, pero apresurémonos a invertir tamaños capitales de suerte que beneficien y exalten la tierra en que nacimos.

Entendido esto, se entenderá sin dificultad como la vinculación de los ciudadanos al suelo patrio mediante el trabajo que saca afuera sus riquezas, y por virtud de la industria y de las artes que lo decoran y lo visitan, es requisito esencial para que el patriotismo, conjugación egregia del amor a la Patria chica y a la Patria grande, pueda existir como realidad palpitante y no como vocablo huero y recurso de oratoria trasnochada.

Al quedarme solo en este claustro después de la partida de los estudiantes, las sombras excelsas que lo habitan y lo amparan hace siglos, acuden portadoras de consejo y de sabiduría. «Acuérdate—me ha dicho Fray Cristóbal, el Arzobispo fundador—acuérdate que yo le di imagen y cuna a la república en esta casa y fábrica intangibles del Colegio Mayor. Para que fuese juntamente altar y escuela de patriotismo lo fundé, y esta legión de próceres inmortales que son mi cortejo y mi corona, está diciéndome que mis esperanzas no pecaron de ambiciosas. A ellos les tocó darles cima y remate a una epopeya de bravura y martirio, a los alumnos que ahora los reemplazan en las aulas y claustros les corresponde fraguar la epopeya de la paz laboriosa y de la diligencia fecunda. Mira estas constituciones que tantas vicisitudes no han podido cancelar, y advierte en ellas cómo asenté este alcázar de la inteligencia sobre amplísimas bases de economía bien ordenada; yo, que fuí acatado por maestro de reyes y mecenas de ingenios peregrinos, no desdeñé dar leyes menudas que acrecentasen el patrimonio del Colegio, y enseñaran de pa-

sada, y a guisa de ejemplo, dónde habría de buscarse la prosperidad advenidera de la Patria. «Labranzas, plantíos, sementeras, trapiches, haciendas, hatos, cañaverales, tierras de pan y de frutales, hornos y tejares..» voces humildes son éstas, que alguno reputará mal sonantes en boca de quien fue celebrado por los sabios y eruditos de su edad, como varón de gran literatura, pero yo las usé y discurrí largamente sobre lo que representan y valen para toda esta tierra, seguro de que los aumentos de la cultura material completarían el propósito que tuve de crear «varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras, y con los puestos que habían de merecer con ellas», o con las faenas y oficios que desempeñarían para honra y provecho propios y comunes. Mira, finalmente, que importa mucho aderezar aquí el más noble sustento de las inteligencias para que mis colegiales y convictores, vista la rutina y pesadumbre que siempre han hecho desabridas y fastidiosas las labores de la tierra y de las artes mecánicas, las trasfiguren y ensanchen con curiosa inventiva y proporcionado deleite»....

Así me parece que habló Fray Cristóbal a estas nuevas generaciones. Si sus dictámenes son severos y suponen renunciación y apartamiento de muchos halagos, holguras y desahogos a que en mala hora nos acostumbramos, sírvanos de acicate la certidumbre de que hoy como ayer, en los días de la reconstrucción nacional, como en los días de la independencia colombiana, el amor a la patria no tiene más lenguaje que el sacrificio. Es, amigo mío, que en achaques de amor valen más las penalidades que cuesta que las dádivas que se logran.

Quiero concluir esta carta, la más prolija que he escrito en mi vida. Como cundinamarqués, algo debe de alcanzarme en el reparto de miserias que usted hace entre los herederos y descendientes de los indios chib-

chas. Qué triste figura hacen los cuitados «enfermos de misticismo y poseídos de incurables añoranzas», amén de otras lacras infelicitísimas!... No crea usted que voy a cotejarlos con los habitantes de otras regiones donde— como usted, lo demuestra con citas copiosas—casi todo es perfecto, luminoso y admirable. Lejos de mí tal pretensión. Ni sé qué he de decir en abono de esta raza melancólica de los chibchas. «raza de ojos doloridos y a veces fulgurantes, raza que vive del recuerdo de su grandeza primitiva, que siente ansias de reconquistarla, mas luego se encuentra vencida, ve su nada y sus ojos se llenan de tristeza». Así los juzga usted, tal vez con sobra de lirismo, pero no creo que lo diga por menosprecio y vejamen, porque una raza que gime por su grandeza perdida, perpetúa los ecos de la suprema lamentación de Jeremías, y una raza que llora porque no alcanza a conjurar la calamidad inevitable, puede acercarse al Rey de mansedumbre que empapó en llanto las ruinas de Jerusalén.

Y ahora sí me despido de usted. Que sea estimada su tesis por los peritos en el alto precio que yo le reconozco y que en ella comience la vía triunfal que le augura de corazón su afectísimo amigo,

CASTRO SILVA